

# **EL ANHELO INEVITABLE**

**Magdalena Úbeda**

# **EL ANHELO INEVITABLE**

**ESDR**  **JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, abril 2021

© Magdalena Úbeda, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta y maquetación: Sabela Valín

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 420-2021

ISBN:978-84-122931-5-9

Impreso en España · Printed in Spain

A José, por entenderme solo en lo que importa.

A Mar, por su alegría invasiva.

A mis padres, tanto tiempo fuera...

A mis hermanos, porque siempre estamos ahí.

¡Una mente tan superior desmoronada!  
Lengua de sabio, espada de soldado, ojo de cortesano,  
Esperanza y flor que adornaría el reino,  
Espejo de costumbres y molde de conductas,  
Centro de las miradas de admiración, todo arrasado.  
Y yo, la más desconsolada mujer,  
Que me bebí la música de sus dulces promesas,  
Ahora veo esa inteligencia clara y suprema  
Chirriando destemplada como campana rota,  
Esos incomprensibles rasgos de lozanía  
Deshaciéndose por el delirio. Desdichada de mí,  
Ver lo que veo después de lo que vi.

OFELIA, (DE HAMLET, ACTO III, ESC. 1)

**NUEVO DOCUMENTO DE TEXTO.  
TXT - BLOC DE NOTAS**

---

**FRG. - 1 - NOCHE DE FERIA**

En un camerino en penumbra el espejo rodeado de luz devuelve la silueta sentada de un hombre difuminado de mirada inteligente y sarcástica por donde empieza a aflorar una angustia guardada y oculta hija de un éxito artístico tardío que a estas alturas le impide hacer las cosas a las que estaba acostumbrado: no puede pasear demorándose en sus pasos, lento y despreocupado; ni sentarse eternamente en una terraza a observar diseccionando todo lo que por allí pase; ni comprar en la tienda de la esquina, ni salir a por los periódicos, ni recoger a sus hijos del colegio, ni ir al cine con su mujer (*bueno, con una mujer a la que quisiera...* —siente una necesidad intensa de querer, lleva años sin querer, sin sentir, sin emocionarse, intenta cavar en su alma para encontrar algún fósil de su amor por Rose pero no lo encuentra. Sabe que existió. Lo recuerda, pero no lo encuentra—); ni cenar con sus amigos en algunos de esos restaurantes que frecuentaban, tan a menudo como les era posible, de cocina internacional, fusión y nuevas tendencias (qué risa les daba...); ni viajar por viajar... ha renunciado a todo eso. Son sus renunciadas... renunciadas a unas costumbres incrustadas a

cambio de un sueño cumplido... empezaba a atemorizarle la precisión con la que la fantasía sobre su éxito había llegado imparable en el tiempo predicho. Le causaba una enorme perplejidad comprobar que la antigua superstición sembrada en su cerebro había crecido y parido una historia que le había acompañado a través de los años y que parte de esa historia estaba cumplida y en constante expansión, fuera de su control (*todo es susceptible de empeorar*). Desde hacía meses cabalgaba por el tiempo, treinta años atrás, hacia el día en que entró en un barracón de feria, el verano en que terminó la Universidad, con cuatro más como él pasados de alcohol y risas... *vamos, vamos, que leen la mano, el futuro...* la buenaventura, el porvenir... las palmas de todos extendidas, una tras otra, la gitana lee, dejando caer palabras encadenadas, las líneas del amor y de la vida; del dinero y del trabajo; del destino... Su mano... *ahora a mí...* su mano se intenta abrir paso entre la de los demás, la adivina pasa de largo una y otra vez, *¡ten mi mano!*, insiste, se queda el último y aquella mujer mira esa mano grande y fuerte, extendida, no quiere cogerla, no quiere tocarla, lo mira con expresión enloquecida, cierra los ojos y coge las cartas... *a ti las cartas, no, no puedo tocar tu mano...* coloca la baraja y tiembla y tras un silencio comienza a hablar, transformada, con otra voz, de retahíla (*se ha poseído, tiene a otra en su espíritu*, susurran tus amigos, a tu lado, en tu oído, conteniendo la risa nerviosa que aquello empezaba a provocarles): *El Rey de Tréboles, el Caballero que todo lo ganará, ese eres tú. Y tus grandes conquistas te harán inmutable... y te congelarás. Y a la mitad de tu vida, cuando tengas el espíritu entumecido y creas que ya siempre será así, el Destino te traerá a tu único amor posible, el que traspasa el tiempo a*

*través de los siglos... viento del sur que te envolverá y del que nunca querrás salir... a la mitad de tu vida... Y la vieja se traspuso, los ojos en blanco, convulsiones... chillamos y reímos y aplaudimos, cómo aplaudimos, todo al mismo tiempo, tan teatral, como nosotros... qué buen espectáculo. Soy El Rey, arrodillaos ante mí, súbditos malolientes, desde ahora y para siempre os ordeno que me acompañéis en la búsqueda de mi amada que de mi guerra ya me ocupo yo. Soy el Rey. Y ese Rey tiene ahora casi 50 años y se encuentra ridículo quitándose el maquillaje después de una jornada de dieciocho horas que se acumula a otras idénticas, mes tras mes. Lleva un tiempo dándole vueltas a su profecía: tengo el éxito, he ganado las batallas, soy el Rey de Tréboles y... también estoy congelado, me han congelado mis renunciaciones, me han congelado mis victorias (todo es susceptible de empeorar, ¿por qué pensé eso siempre? ¿Por qué fui así siempre? ¿Por qué me obsesioné con la fatalidad?). ¿Y mi amor? ¿Dónde está mi amor? A la mitad de mi vida... si apareciera ahora viviría cien años. Y sigue pensando, es lo único que hace, a todas horas, en todas partes, incluso mientras dice sus frases y actúa y rueda sigue pensando... y ahora piensa que de todas sus renunciaciones la única que no le ha costado trabajo es la que hizo de Rose... fue fácil, una transición más. No lo siente como un abandono, ni como una frustración sino como una consecuencia lógica y natural del tiempo, como cuando salen arrugas o empieza a caerse la cara... dejarse llevar por Rose era lo que había hecho siempre, siempre le solucionó la vida, no tenía que pensar, no tenía que decidir. Rose lo hacía por los dos. Podía haber seguido toda su vida sentado a su lado pero la ansiedad de la profecía creció demasiado, sus supersticiones, sus miedos y*



sus culpas lo devoraron y Rose era demasiado ajena a aquello, él quieto por fuera en una explosión de angustia imposible por lo que no fue por dentro, Rose igual de comprensiva y solícita... ya no podía... debía irse, debía alejarse y cuando la oportunidad llegó se dejó llevar y se fue sin más, lentamente, dilatándose en la huida, hundiéndose en ella apareciendo ante todos en una borrachera pública permitida por su fama, como el atormentado e incomprendido actor que veía como su vida naufragaba... pero era algo internamente buscado... *qué ridículo estoy, tan mayor, así vestido, ¡qué pinta! ¿Qué hago? ¿Por qué estoy aquí?...* se desprende de patillas y maquillajes imposibles y descubre una cara arrugada que cada vez le recuerda más a su madre. Su madre... Le produce terror ese parecido. Se mira y quiere gritar pero el grito no sale, no sale nunca y al cabo de un tiempo su propio miedo comienza a aburrirle ¡Que desidia! *Soy El Rey y no necesito esto.* Justo ahora, justo ahora cuando es el vencedor de todas sus batallas y la gente le aclama y vitorea, se ve más falso que nunca, más impostor. No encuentra placer, ni divertimento ni nada de lo que hasta la fecha le había mantenido en esa profesión (*todo es susceptible de empeorar*). Siente un enorme frío. Lleva meses helado. Sólo quiere esconderse, cercarse, construirse un sitio donde ese viento del Sur que nunca llega pueda entrar por ventanas y puertas y envolverle y darle calor... vuelven los recuerdos de alcohol y esoterismo en una versión mental de viejas fotografías... qué cansancio, qué viejo está. Sale del camerino y del set y a la calle... y ve el coche esperándole, lo llevan a un hotel, entra por la trasera (siempre escondido, siempre evitando ser visto, siempre atrapado) sube cansino a la suite, llama a sus hijos, ¡son ya tan mayores! Los quiere,

los necesita (otra renuncia más: separarse de ellos constantemente, intermitentemente, durante tanto tiempo, tantas veces... ¿por qué lo ha hecho? Y como en una ráfaga piensa que a lo mejor tampoco le resultaban sus hijos tan interesantes... no, no, todo lo que hace es por ellos, mejor así, la culpa encerrada) que hace él allí, quiere volver a su casa, que ya no es su casa, debe comprar una, lo hará en el barrio más alejado de aquel en el que siempre ha vivido y odiado... comprar, ahora puede comprar todo lo que necesita y más... ¿Dónde está su amor verdadero, aquel que se perpetuó a través de los siglos, aquel que es perdurable?